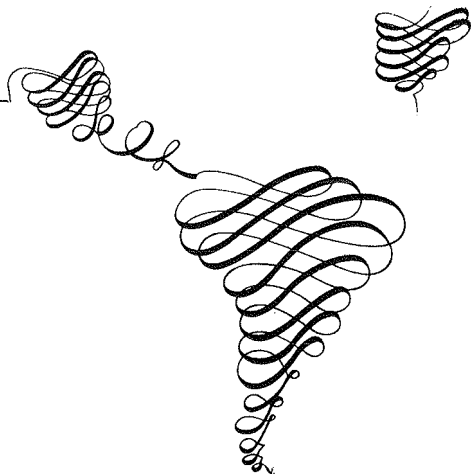




España después de su paso por las urnas

LAS elecciones del 6-J no han conseguido ninguno de los objetivos con que el presidente **González** justificó la disolución anticipada de las cámaras: el Gobierno no es más fuerte, sino mucho más débil; la oposición, previsiblemente, no sólo conservará su estrategia de agobiar al PSOE, sino que la incrementará utilizando las mejores armas de que la han dotado los electores. Después de pasar por las urnas España debe enfrentarse a graves incertidumbres sobre las fórmulas de Gobierno, sobre la precariedad de los gobiernos posibles, sobre la duración de la legislatura y sobre la posibilidad real de que **González** lleve a cabo un «cambio sobre el cambio» capaz de devolver la ilusión a España y de sacarla de la recesión.

La agri dulce victoria del PSOE

CUANDO peores cartas electorales podía exhibir el PSOE, cuando la pésima situación económica certificaba el fracaso de su política, cuando más de tres millones de parados parecían un gigantesco panzer que derribaría sus defensas, cuando la corrupción se asemejaba a

un alud que podía sepultarlo, el partido gobernante obtuvo, por cuarta vez consecutiva, una importante victoria. Cualesquiera que sean sus explicaciones (miedo a la derecha, voto cautivo, etc.) no cabe duda de que el tándem socialismo-Felipe González recibió el voto favorable de más de nueve millones de españoles, ochocientos mil más que el Partido Popular. Pueden estar satisfechos del éxito global y de que el socialismo haya sido la primera fuerza en territorios tan decisivos para la gobernabilidad de España como son Cataluña y el País Vasco.

PERO la victoria ha dejado a los socialistas muchas patatas calientes en las manos y un incierto futuro como gobierno y como partido. Ello añade tintes agrios al disfrute de la victoria:

- **La victoria es agria porque la situación económica y su tendencia son francamente negativas.** El informe del Banco de España augura un horizonte de recesión durante todo 1993 y parte de 1994, lo que contradice, al día siguiente de las elecciones, el cuadro optimista que los socialistas pintaron en campaña para el segundo semestre de 1993.
- **La victoria es agridulce para los socialistas porque son ellos y no sus adversarios quienes tendrán que pagar las facturas pendientes,** tanto las derivadas de sus promesas como las de deudas consolidadas: unos 18 billones de deuda pública, unos 700.000 millones de cobros pendientes de las farmacias a la Seguridad Social y un monto no conocido, pero que puede aproximarse a los dos billones, de pagos morosos a proveedores privados.
- **La victoria es agridulce porque hay evidentes disputas internas sobre la atribución de las causas y, consecuentemente, sobre su administración.** Para la mayoría de los ciudadanos está claro que el gran artífice del triunfo socialista ha sido personalmente Felipe González, pero no se puede ignorar los excelentes resultados de Guerra en Sevilla y de Txiqui Benegas en el País Vasco, lo que da al

aparato del partido un cierto título, al menos formal, para atribuirse el éxito. La administración de la victoria se hará en sentido muy diferente según sea González o el aparato quien se atribuya finalmente los méritos. Ideológicamente media un abismo difícil de franquear entre una y otra opción.

De ahí que la victoria del PSOE haya introducido en sus filas una controversia que, o se resuelve mediante ambiguos repartos de poder, o amenaza con dividir el partido.

Por todo ello, conviene recordar algo que ya apuntamos muchos meses atrás y que parece ahora una obviedad: al PSOE le hubiera sido más favorable una derrota por los pelos que una victoria insuficiente. Y el mejor resultado del Partido Popular ha sido precisamente el que ha obtenido: un sólido refrendo ciudadano (más de 8,2 millones de votos y 141 escaños en el Congreso), pero alejado de la obligación de gobernar en circunstancias tan adversas. Un PSOE fuerte en la oposición hubiera tenido en sus manos la posibilidad de recargar sus pilas y de culpabilizar al Gobierno de los inevitables fracasos, que es justamente lo que hará el PP. De ahí que algunos comentaristas, poco afines a los populares, hablen ya de que éstos deben celebrar «el éxito de su derrota».

Las satisfacciones y los enfados de la sociedad

LOS *ciudadanos han sacado del filtro electoral una impresión ambigua, en la que se alternan y entremezclan las satisfacciones y los temores:*

- *Por una parte, la mayoría se siente satisfecha de que HB se haya debilitado, porque ello evidencia el debilitamiento de la violencia, ya que ETA y HB se refuerzan mutuamente. Euskadi y Cataluña han mostrado una imagen más plural y menos radical de lo que algunos discursos aparentaban. El 6-J podría significar el principio de un Estado dispuesto a afrontar en común muchos problemas que parecían inabordables. En otro orden de cosas, una importante mayoría —los doce millones que han votado al PSOE y a IU por lo menos— celebra que el PP no haya conseguido el poder.*

La inmensa mayoría también se siente satisfecha de que la distribución del poder sea más plural y, por lo mismo, refleje mejor la opinión real del país.

● *Por otra parte, una porción importante de la sociedad experimenta la sensación de haberse autoflagelado votando al PSOE como única opción útil para impedir el triunfo de la derecha y se acusa a sí misma de masoquismo electoral. Otra porción, sobre todo los jóvenes y los pequeños empresarios, manifiesta que las elecciones les han quitado la esperanza, fundada o no, de un cambio, y no es infrecuente escuchar diatribas contra los andaluces y extremeños a los que tildan de rémora para el progreso del país.*

PERO *tanto las satisfacciones como las insatisfacciones deben ser mitigadas por un análisis sereno de la realidad. El descenso del nacionalismo radical puede explicarse también por la bipolarización que ha presidido la campaña y por el inhabitual alto porcentaje de votantes (77 por 100). En una situación menos polarizada y con más abstención, HB hubiera conservado casi con seguridad sus cuatro diputados; el electorado de HB es fiel y se moviliza siempre, mientras otros electorados son menos fieles y más vulnerables a la tentación abstencionista. Por eso son mucho más significativos los 12.000 votos menos de la coalición abertzale que los dos diputados perdidos por la misma.*

En el capítulo de las insatisfacciones conviene hacer también algunas restricciones. Ciertamente el voto en contra ha podido ser más determinante que el voto a favor, pero eso ya lo sabíamos desde el momento en que se convocaron las elecciones. Es injusto, por otra parte, atribuir a Extremadura y Andalucía la condición de pueblos subsidiados y cautivos del PER y las pensiones, y enfrentarlas a la España con iniciativa, como si en el resto de España no fueran deseables los mismos beneficios y como si el triunfo socialista sólo se hubiera cimentado en esas regiones y no también en Castilla-La Mancha, Aragón, Cantabria, Asturias, Cataluña y el País Vasco.

¿Qué cambio puede administrar el nuevo gobierno socialista?

DURANTE la campaña, Felipe González reconoció sus errores y prometió un «cambio sobre el cambio», una corrección de rutas, pero no de rumbo. Todos entendimos que mantendría las prioridades sociales, que introduciría mecanismos para dismantelar la corrupción, que mantendría la política de convergencia con Europa y que establecería algunas correcciones en la política económica. Lo que nadie pudo entender, porque no lo dijo, es en qué consistirían las correcciones. La ambigua fórmula de «haremos el cambio sobre el cambio» es en sí misma una vaguedad y, por lo mismo, una fórmula vacía.

Sólo estamos seguros de que la nueva aritmética parlamentaria impondrá un estilo más dialogante y enterrará felizmente el rodillo de las tres últimas legislaturas. Es una buena noticia, que no sabríamos si lo era de haber vuelto a ganar alguien por mayoría absoluta. Todo lo demás son conjeturas sin demostrado fundamento.

Para probar el carácter aleatorio y conjetural de ese manido «cambio sobre el cambio», basta poner frente a frente las palabras de Felipe González y las de Alfonso Guerra. El primero dice haber entendido perfectamente la lección del amago de no votarle con que le asustaron sus electores y asegura que responderá a las expectativas. El segundo dice sin reparos que «los españoles quieren más de lo mismo». El primero asegura en Copenhague que para su proyecto europeo no será compañía aceptable Izquierda Unida y sí los nacionalistas. El segundo preconiza un pacto, incluso una coalición, con IU, propuesta en la que coincide el «apparat» con Joaquín Leguina, que gobierna en Madrid gracias a dicho pacto, y con Nicolás Redondo, que teme la alianza con los nacionalistas porque se incrementaría la desregularización del mercado del trabajo y se reduciría el poder de los sindicatos.

Felipe González no puede gobernar contra su partido y probablemente no puede hacer su política con él. Se encuentra

en una precariedad dramática, obligado a aceptar de sus aliados preferentes, los nacionalistas, condiciones que resultarán inaceptables para sus hermanos de partido. Ahora es cuando el Felipismo se confrontará inevitablemente con la impotencia, y las críticas le lloverán desde todos los ángulos: desde una oposición reforzada y envalentonada, desde el aparato de su partido y desde esos votantes de última hora que han hecho de la suya una victoria vigilada. El regreso a la situación inestable de los últimos tiempos de UCD parece inevitable. En estas condiciones, ¿qué cambio sobre el cambio puede ofrecernos el nuevo gobierno socialista?

ANALIZANDO fríamente la situación española surgida de las urnas, parece más probable que los cambios reales serán pocos y laboriosamente hilvanados, con lo que la insatisfacción colectiva se incrementará, avivada por los recortes inevitables del gasto público y por la coyuntura mundial de recesión. A Felipe González le ha tocado en esta ocasión bailar con todas las feas. Como, además, parece claro el cansancio del Presidente, no es aventurado pronosticar que la legislatura será corta y que la época felipista puede tener los días contados.